



ODAS DE HORACIO

(Continuación)

XIX

A Lolio

(Lib. IV Oda VIII)

Ne forte credas.

I

Los versos del poeta que es nacido
á orillas del Ofanto rumoroso,
versos de un arte que á la Italia es nueva,
no morirán, ó Lolio!

Reina en la cumbre del Parnaso, Homero;
mas, no por eso menos celebrados
son Alceo y Simónides y Píndaro,
los de divino plectro.

Vive Anacreonte, se conserva puro,
fresco el rocío en sus nativas rosas,
y de Safo la lira apasionada
respira amor y fuego.

No fué Helena la única princesa
á quien de un hombre hermoso deslumbrara
la púrpura y el oro, y las falaces
palabras seductoras.

No fué el primero Teucro que su flecha
al aire disparase; ni fué Troya
sólo una vez cercada, cuando el griego
hundióla tristemente.

No Idomeneo y Estenelo solos
brillaron en las lides; no sólo ellos
merecieron el canto de las Musas
y los lauros del triunfo.

Héctor el denodado y Deifobio
los únicos no han sido que en defensa
de la esposa adorada y tierna prole
hasta la vida dieran.

Antes que Agamenón, el grande Atrida,
otros caudillos en la tierra han sido;
otros héroes á Aquiles precedieron,
y hundiéronse en la nada!

Desparecieron en la sombra muda,
y sus nombres ilustres se borraron
cual nombres de cobardes: sus hazañas
no eternizó la lira!

Hoy nadie los recuerda ni los llora,
porque á su gloria les faltó un poeta.
¡Sin Homero no hay Troya, no hay Aquiles,
ni quien aplauda y llore!

II

No serás tú olvidado, ilustre Lolio,
en mis versos: en ellos tus empresas
referidas oirán y tus virtudes
las gentes venideras.

De ánimo fuerte, en los negocios diestro;
en la adversa y la próspera fortuna
siempre sereno, y justiciero siempre,
gran Cónsul te mostraste.

Severo juez á la maldad y el crimen,
perseguidor de la avaricia, y sordo
á la atracción de la riqueza fuiste
egregio ciudadano.

A través de las filas corrompidas
de grandes corruptores, tú paseaste
en triunfo la virtud, dones soberbios
altivo despreciando.

Merece el nombre de feliz quien digno,
superior sabe hacerse á la pobreza
y vive satisfecho; no quien mora
en opulento alcázar.

Lo merece quien usa agradecido
los dones de lo alto y más no pide;
el que ama la justicia, y la conciencia
pura y tranquila guarda.

El que más teme el deshonor y oprobio
que el trance del morir, y está dispuesto
á dar la vida por la Patria amada:
¡Ese es feliz y grande!

Tú lo eres, ó Lolio, afortunado
cumplidor del deber, y justo y probo,
que al pueblo haces feliz. Pueda mi lira
eternizar tu nombre! (1)

OBSERVACIONES

De esta Oda en elogio de la poesía y de Lolio, sólo conozco la de Burgos, presentada como la mejor de las castellanas en el *Horacio de los Ingenios Españoles*. Dice así:

No creas nó, que un día
sepultará los versos el olvido,
que de la lira mía
al compasado són, con arte canto
hasta hoy desconocido,
nacido yo cabe el ruidoso Ofanto.

No, si descuella alzado
el grande Homero en la primera silla,
de Píndaro enterrado
el laúd yace o del tonante Alceó:
de Estecícoro brilla
también la Musa, y la del vate ceo.

Respetó el tiempo insano,
respetó los acentos juguetones
del lírico tiano;
y el amor vive, el fuego se divisa
que á sus tiernas canciones
imprimió la lesbiana poetisa.

No Helena la primera
fué á quien de galán nítido sedujo
la blonda cabellera,

(1) He agregado esta estrofa final, por ayudar al efecto general de la composición.

ni la púrpura de oro recamada,
ni el palaciego lujo.
No fué una sola vez Troya sitiada.

No la veloz saeta
Teucro el de Telamón lanzó el primero
con el arco de Creta,
ni Idomeneo audaz sostuvo solo,
ni Estenelo lijero,
combates dignos del clarín de Apolo.

No en luchas sanguinosas
Héctor solo y Deífobo la vida
por sus castas esposas
y sus queridos hijos expusieron.
Antes del grande Atrida
mil valientes caudillos existieron.

Mas por siempre ignorados
hunde sus nombres el sepulcro frío,
por que vates sagrados
sus altos hechos resonar no hacen
que el escondido brío
y el temor escondido á la par yacen.

De tu nombre la gloria,
ó insigne Lolio, pues, mi Musa cante;
yo tu clara memoria
libraré del olvido y de la muerte;
loaréte constante
en la felice y en la adversa suerte;

I azote del malvado,
é insensible del oro al atractivo,
y de tu consulado
el lustre prorogando y los poderes,
mientras juez fiel y activo
santa justicia al interés prefieres;

Y con desdén los dones
rechazas viles de inmoral cuadrilla,
y por entre escuadrones
de corruptores, tu virtud paseas
triumfante y sin mancilla:
no al que es más rico, más dichoso creas.

Lo es quien pobreza grave
sufrir contento, y del favor del cielo
gozar prudente sabe,
y el deshonor más teme que la muerte,
que por el patrio suelo
y sus amigos arrostrara fuerte.

JAVIER DE BURGOS

XX

A Ligurina

(Libro IV. Oda IX)

IMITACIÓN

Crudelis adhuc...

¡Cuán cruel es tu belleza, y cuán ufana
en el cristal contemplas
el esplendor de tu primer mañana,
indiferente y fría
á los reclamos que el amor te envía!
Si tu rigor no templas
y das á Amor su parte,
con tu primera cana,
al caer de la tarde, ha de pesarte.

Las gracias volarán si hoy te rodean:
de tus crespos cabellos ondeantes,
que hoy la vista recrean,

quedarán lacios restos; las joyantes
 rosas lozanas de tus dos mejillas
 las rugas surcarán que el rostro afean,
 y las verás deshechas y amarillas.
 El esplendor de la mañana que arde,
 ¡cuán pálido y qué triste es á la tarde!

¡Ay de tí, entonces, si el Amor te llama!

¡Ay si vas á tu espejo!

El espectro verás en su reflejo
 de la que á tiempo no ama.

Contristada al cristal que no te miente
 dirás con voz doliente,

dirás con voz tardía: ¡quién creyera
 que así se fuera la mañana mía!

Si hoy ya no puedo ser lo que ayer era,
 ¿por qué no pensé ayer lo que hoy sería!

OBSERVACIONES

He cambiado de sexo al sujeto de esta Oda como lo hizo Herrera, por ser así más conforme al carácter de nuestro tiempo, sin que ello en nada altere la concepción poética de la pieza. El poeta argentino Dr. Magnasco, ha sido más fiel al original de que yo me aparto bastante en mi imitación, alterando los detalles, pero conservando la esencia. Hé aquí su traducción muy estimable:

A Ligurino

¡Oh cruel mancebo, tan pagado ahora
 de las gracias que Venus te donara,
 ya verás cuando el vello te sombrée,
 ya verás si concluye tu arrogancia!

Ya verás cuando caiga esa tu blonda
 cabellera que ondula en tus espaldas,
 y esa púrpura suave que hoy te envidia
 el blando tono de las rosas claras.

Ay! Ligurino, cuando el terso cutis
 esté erizado con hirsuta barba,

y al mirarte al espejo te contemples
 sin el tesoro de tus muertas gracias,
 has de decirte con mortal angustia:
 ¿Por qué no pienso cual pensé en la infancia?
 ¿Y, por qué mi mejilla de otro tiempo
 al pensamiento de hoy ya no acompaña?

La conclusión es asáz oscura: «la mejilla de ayer acompañando al pensamiento de hoy,» tiene algo de alambicado. Lo que Horacio expresa es esto: al verte al espejo tan cambiado, exclamarás: «Ay! por qué antes no pensé como hoy; ó por qué no tengo hoy lo (las gracias) que antes tuve.»

Sería preferible una traducción más directa y ajustada al modelo, como ésta por ejemplo:

De tu belleza misma, Ligurino
 desdeñosa frialdad nace en tu pecho;
 mas ya cuando tus gracias se marchiten
 y caiga sobre tí sombrío velo;
 cuando los bucles que á tu espalda flotan
 deshechos rueden, y tu rostro terso
 de suave rosa y de jazmín se arrugue,
 y el cambio notes en el cruel espejo;
 ah! dirás, infeliz y arrepentido:
 ¿Por qué ayer no sentí lo que ora siento?
 o por qué no soy hoy lo que ayer era?...
 Amor, ¿a qué me llamas? —Ya no es tiempo!

Para completar la idea se agrega el último verso, extraño al original latino.

El *Horacio de Ingenios Españoles* da preferencia á la imitación del *dívino* Herrera, puesta en seguida:

¡Oh, soberbia y crüel en tu belleza!
 cuando la no esperada edad forzosa
 del oro que aura mueve deleitosa
 trueque en la blanca plata la fineza
 y tiña al rojo lustre con flaqueza,
 en la amarilla viola la rosa,
 y el dulce resplandor de luz hermosa

pierda la viva llama y su pureza,
 dirás, mirando en el cristal luciente,
 otra la imagen tuya: "Este deseo
 ¿por qué no fué en la flor primera mía?
 ¿Por qué, ya que conozco el mal presente,
 con esta voluntad en que me veo
 no torna la belleza que solía?"

FERNANDO DE HERRERA

Menéndez y Pelayo encontró insuperable la traducción de Herrera:
 no creo lo mismo: prefiero la de Burgos en exasílabos, como esta otra:

O cruel, Ligurino
 temible y soberbio
 por los claros dones
 que te cede Vénus:
 caerán los que hoy lucen
 flotantes cabellos
 y las suaves rosas
 de tu rostro fresco,
 marchitas y secas
 las verás mui luego,

perderse en un bosque
 de erizados pelos.
 Entonces, llorando
 la obra del tiempo,
 al verte tan otro
 dirás a tu espejo,
 ¿Por qué, si ya es tarde
 en amor me enciendo;
 o por qué mis rosas
 no nacen de nuevo?

XXI

Vita rustica laudes

(Lib. V, Oda II)

Beatus ille qui procul negotiis

Dichoso aquel que libre y alejado
 de los negocios y la usura ingrata,
 el propio campo al paso de sus bueyes
 tranquilamente labra.

No le despierta la guerrera trompa,
 la mar embravecida no le espanta,
 y evita el Foro, y la antesala regia
 donde el favor se aguarda.

Cifra su gusto en enlazar la tierna
vid al álamo erguido; mira, pasa,
poda el árbol vicioso, en otro ingerta
una mestiza rama.

Plácele contemplar en la llanura
cual paze desparcida su vacada;
ve esquilár sus ovejas, y la rubia
miel en ánforas guarda.

Cuando el Otoño la cabeza hiergue
de pámpanos y frutas coronada,
coge gozoso la madura poma
en el cogollo intacta,

y el racimo dulcísimo, purpúreo,
que tienta al tordo en la torcida parra.
¡Son para tí, Silvano, que los huertos
y la floresta guardas!

Bajo el añoso roble ya se sienta,
ya se reclina en la olorosa grama,
ya en la fontana que á su lado fluye
la sed tendido aplaca.

Halagado el sentido, en ocio blando
oye las aves que en el bosque cantan,
y al murmurio apacible de la fuente
sus párpados desmayan.

Cuando llega el Invierno y truena Jove,
y blanquean los campos ¡qué algazara!
al jabalí persigue con sus perros
hasta que da en la trampa.

Tiende á los tordos sus sutiles redes,
la liebre temblorosa no le escapa,
coge la grulla al paso, y saborea
el placer de la caza.

Ah! ¿quién así no olvida y menosprecia
la grandeza del oro ponderada!...
¿Quién así del ludir de los negocios
prudente no se aparta!

Y más si el cielo una mujer virtuosa
le da á su amor, una Sabina casta
ó la tostada Calabresa, atenta
á la prole y la casa.

Que en el cercado encierre las ovejas
y ordeñe al clarear las propias vacas,
y amante á toda hora, al caro esposo
sea sumisa y blanda.

Que le aguarde sonriendo al caer la tarde
y avive en el hogar la roja brasa;
que para él, si llueve "encienda apriesa
la leña no mojada."

Que en el blanco mantel tienda manjares
de la cosecha propia, y ancha taza
ponga del mosto que en la cuba hierve
y las sienes abrasa.

No el peje ni las ostras del Lucrino
me serán más sabrosos; ni la rara
pesca, que las tormentas de Levante
empujan á estas playas.

Ni la africana polla, ni el greciano
preciado francolín tanto me agradan
como la oliva nuestra por la mano
labriega preparada.

Ni cual la malva saludable, habida
en el prado vecino, y la romaza,
ó la cabrilla que escapó del lobo
y es en el horno asada.

Desde esta mesa rústica, cuán grato
 ver las ovejas que en tropeles pasan
 corriendo á su corral, y el buey cansado
 la reja transtornada

A la rastra trayendo; y ver la alegre
 turba de esclavos de la rica granja.
 ¡Quién que contemple tan dichosa vida
 no desea alcanzarla!

Así pensaba Alfeo el usurero,
 y quiso consagrarse á la campaña:
 su dinero reunió, y, al otro día...
 lo colocó de nuevo á mayor tasa.

OBSERVACIONES

La Oda en elogio de la vida del campo, es de las que más han tentado á los traductores españoles, y entre ellos figuran Argensola (Lupericio) el sevillano Diego de Jirón, Cristóbal de Mesa, don Javier de Burgos y cien más. Sobre todos, como la palma entre los matorrales, descuella el noble poeta fray Luis de León, quien nos legó con la mejor traducción castellana de esta Oda, su célebre imitación, que la supera.

El General Mitre también la tradujo; pero con aquella confusión que resulta forzosamente cuando se atiende á reducir la versión al texto, en determinado número de versos castellanos, quepa ó no quepa; y no á la ilación y marcha fácil, natural y armoniosa del conjunto, de modo que resulte algo correcto y poético que se lea con agrado, aún cuando se alteren algunos ligeros detalles.

Creemos ofrecer un decidior ejemplar de ambas maneras de concebir i ejecutar la versión horaciana, poniendo nuestra traducción al lado de la del señor Mitre, quien así se produce:

Elogio de la vida campestre

Feliz aquel que de negocios lejos,
 Como la gente de la edad primera,
 Campos paternos con sus bueyes labra
 Libre de usuras;

Que no despiertan militares trompas,
Ni se horroriza con el mar airado,
Y el foro evita, y del *potente cívico*
Umbral soberbio;

Que el gajo adulto de la vid marida
De álamo enhiesto; y con su falce poda
La rama estéril, y en el tronco ingerta
Ramos fecundos;

Que en valle *solo*, en contemplar se goza
Paciendo errante (?) el mugidor ganado,
Y en limpias ánforas guarda miel, y esquila
La oveja débil!

Cuando otoño levanta su cabeza
Adornada de frutas sazonadas,
Goza en coger la pera ingerta, y *la uva*
Que vence á *púrpura*, (1)

Que ofrenda á Priapo, y á Silvano, padre,
Protector de los lindes. Si le agrada,
En *tenaz* grama y bajo antiguo roble,
El recostarse.

Agua que corré dentro de altas rivas,
Aves *quejosas* que en el bosque cantan,
Fuentes que manan susurrando, invitan
A leve sueño.

Cuando el tonante Júpiter envía
Con el invierno lluvias y nevadas,
Con perros echa al jabalí salvaje
Contra sus trampas;

O en ralas redes sobre horquillas leves
Tordo voraz engaña, ó coge en lazo,

(1) Coge la pera y cristalinas uvas
émulos de la púrpura.

Tímida liebre ó pasajera grulla.
¡Premios que alegran!

Quien del amor las enojosas cuitas
Así no olvida, si una casta esposa,
Cuida la casa y los queridos hijos,
Cual la Sabina.

De ágil *Apuleo* (?), por el sol tostada,
Que al *sacro fuego* pone leña seca
A la llegada del cansado esposo;
Ledo rebaño

En el cercado entretejido encierra;
Sera sus ubres (!); de la cuba saca
El dulce vino, y el manjar prepara,
Que no se compra. (?)

Ni el rodaballo, ni ostras del Lucrino,
Mejor me saben, ni el preciado escaro,
Que tronadora tempestad de Oriente
Trae á estos mares;

Ni ave africana ó francolín de Jonia
Tan gratamente bajan á mi vientre,
Cual la aceituna que de pingüe gajo
Tomo del árbol;

O la romaza, amiga de los prados,
O que la malva saludable al cuerpo,
O Terminal cordero, ó un cabrito
Quitado al lobo.

En tal festín, cuán grato, ver corriendo
A la querencia las ovejas (*9 sílabas*)
Y al buey que arrastra el invertido arado,
Del cuello lánguido:
Y ver los siervos de la rica casa
Alrededor de relucientes lares!

Después de hablar así, Alfio usurero,
Ya casi, casi, rústico futuro,
Cobra en los Idus, y al peculio busca
Nuevas Kalendas.

B. MITRE

Muy de mi gusto encuentro la traducción gallega de esta Oda debida al señor Mosquera, catedrático que fué del Instituto de Orense, según noticia de Menéndez y Pelayo dada en el *Horacio Español* de donde la he tomado. Esta Oda en gallego es bastante fiel al original y está vestida con naturalidad y gracia; pero, como el gallego no cuenta entre nosotros con lectores, la he traducido al castellano conservándole su sabor y corte. Antes de conocer el *Beatus ille* en gallego, tenía hechas las dos traducciones de esta Oda que he presentado á la consideración y juicio de los aficionados, una en estas páginas y la otra en distinta publicación.

La vida del campo

(Traducida del gallego)

Beatus ille, qui procul negotiis

¡Feliz quien vive como en tiempos de antes,
lejos de toda bulla,
y labra el campo que labró su abuelo
con bueyes propios, libre de la usura!

No el guerrero clarín ni el mar airado
el sueño le perturban
ni se encorva á la puerta del magnate,
ni se agita del Foro entre la chusma.

Mas, tranquilo, las ramas de la parra
con el álamo ayunta;
corta con su podón las ramas flacas
y otras ramas ingerta más robustas

Ó ve pacer las vacas y los bueyes
en la feraz llanura;
ya la miel que exprimió guarda en sus odres,
ya á sus corderos del vellón desnuda.

Y cuando Otoño la cabeza hiergue
coronada de frutas,
coge la pera de la misma rama
en que su mano ingirió la púa.

Ora á tí, dios Silvano, á tí Priapo
que los linderos cuidas,
agradecido, y en debida ofrenda,
os va á llevar las coloradas uvas.

Ó tendido á la sombra de la encina,
en la grama menuda,
las aguas oye que del monte bajan
y su camino por el valle buscan.

Y al concierto del río y de las aves,
que alegran la espesura,
se aduerme y sueña, oyendo la fontana
que al lado suyo musical murmura.

En la ruda estación de crudas nieves
de tormentas y lluvias,
sigue al hirsuto jabalí, que diestros
luego sus canes á la trampa empujan

Y al voraz tordo entre sus lazos coge
y á la liebre, y la grulla...
Quién así se da gusto ¿qué apetece
de los lances de amor y de fortuna?

Y más si tiene una mujer casera
que los hijos educa,
ya encendida en rubor cual las Sabinas,
ó ya tostada por el sol de Apulia.

Mujer que antes que llegue su marido
en el fogón atura
las ramas secas, y la llama aviva
que amiga los conforta y los alumbra.

Que lista acude y el ganado suelto
en el cercado junta;
y las ubres estruja en las colodras
blancas de leche, rebosando espuma.

Que baja á la bodega y vino nuevo
pide á la vieja cuba;
tiende el blanco mantel en rica mesa,
que, sin mercarse nada, en todo abunda.

Ah! por esa comida regalada
que amor y paz endulzan,
dejara yo las ostras del Lucrino
que á los de la ciudad tanto les gustan.

Dejara el rodabalo y los escaros,
si es que algunos empuja
á nuestra playa el huracán soberbio
que allá las costas de Levante abruma.

Más que el greciano francolín y el ave
que la Numidia educa,
las romazas me agradan y las malvas
que muchos pechos delicados curan.

Ó la exprimida por campestre mano,
delicada aceituna;
ó el cabritillo tierno, que del lobo
muestra fresca la fiera mordedura.

Oh, mesa bienhadada!... ¡Cuánto place
entre tanta fortuna,
ver bajar las ovejas á la tarde
cuando ya solas el aprisco buscan!

Ver los bueyes cansados, cuando vuelven
de su faena dura,
enyugados aún, traer el arado,
el timón arrastrando por la punta.

Y ver, en fin, de rústicos esclavos
la suelta, alegre turba,
enjambre de la granja, que en la tarde
en torno del hogar revuela y zumba.

Esto dijo un tal Alfio, un usurero,
ya resuelto á seguir la vida rústica:
los cuartos recogió con que lucraba;
pero, antes del mes, volvió á la usura!

XXII

Contra Menas, tribuno de Pompeyo

(Epod. IV)

Lupis et agnis.

Siente el cordero antipatía al lobo,
y yo por tí no menos repugnancia;
tu arrogancia me ofende, vil esclavo,
que aún conservas del látigo las marcas.

Por esconder tu origen, hoy ostentas
tus riquezas chillonas y sonajas,
y haces alarde de insolente orgullo;
pero, muy conocido, á nadie engañas.

Cuando con paso grave como un persa
con tu traje talar barres las plazas,
unos ríen, los otros indignados
por verte pavonear, vuelven la cara.

Tú crees que éstos te admiran, y ellos dicen:
 "Ese hombre, ese liberto, ese gran maula,
 hasta cansar el brazo del verdugo
 fué azotado... y ahora, ¡qué arrogancia!

Esclavo ayer, y luego propietario
 de extenso predio en la feraz campaña,
 con sus trenes soberbios abre huella
 en las calles de Roma, y hoy se alza
 á par del senador en el tēatro,
 caballero y tribuno, por desgracia!

¿Á qué equipar más naves á gran costo
 contra esclavos alzados y piratas,
 si en Roma se consiente que ellos triunfen,
 como de más lo muestra el que aquí pasa?"

Eso dicen de tí los ciudadanos
 cuando tú crees que tu grandeza alaban.
 ¡Tu soberbia te abate, cuando juzgas
 que al que es esclavo vil, el oro ensalza!

OBSERVACIONES

Pasa por la mejor traducción de este trozo satírico, á los ojos de los españoles, la del poeta colombiano Rafael Pombo, que damos á continuación:

Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
 la misma el hado entre los dos fundó,
 que abrazaron tus piernas férreos grillos
 y tus lomos el látigo español,
 y aunque por tu dinero andas soberbio
 nunca fortuna calidad cambió.
 Cuando midiendo vas la Sacra vía
 con seis varas de toga, oye la voz
 de cuantos al pasar, á un lado y otro,
 vuelven la faz con franca indignación:
 A *ese*, á fuerza de azotes lo sajaron

hasta que el pregonero enronqueció;
y hoy ese mismo, en el Falerno campo
tiene unas mil yugadas en labor.

Y se atreve á pisar con sus rocines
el Apia viá; y, despreciando á Otón,
como un gran caballero osa sentarse
en primer banco, á par del Senador.

¿A qué cargar tanta ferrada proa
contra cualquier gavilla que se alzó
de ladrones y esclavos, cuando *éste*,
éste es aquí tribuno de legión?

RAFAEL POMBO

La idea con que remata Pombo la composición no es la misma del original. Más próxima es esta otra que yo doy en una versión distinta de la que ahora presento:

«¿Tanta galera con costoso empeño,
de qué sirve equipar contra el pirata
si *ese*, ese menguado es el tribuno
que va á mandar la malhadada flota?»
¡Así la lengua popular te azota!

No obstante, he aprovechado la del poeta colombiano, como se ve en la penúltima estrofa de la versión anterior.

XXIII

A los Romanos

CONTRA LA GUERRA CIVIL

Lib. V, oda VII)

Quó, quó scelesti ruitis!...

I

Desnuda en la mano la espada homicida,
¿á dónde insensatos, á dónde volais?
¿Es poca la sangre romana vertida
por montes y llanos, en tierra y en mar?

II

¿La dimos acaso, la altiva Cartago,
rival orgullosa, por ir á humillar?
La dimos, decidme, por ver á los fieros
Britanos uncidos al carro triunfal?

III

Ah, nó! que la dimos los pérfidos votos
del Parto soberbio por ver realizar!
Cumplidlos vosotros! Teñid las espadas,
y á Roma por mano de Roma ultimad!

IV

Más fieros los lobos no son, ni los tigres:
¡lobos contra lobos no saben pelear!
El hombre tan sólo con rabia insensata
al hombre su hermano sabrá exterminar.

V

¿Qué hado, qué furia, qué crimen os mueve?
¡Oh, ciegos, decidlo! Romanos hablad!
¿La pálida frente doblais en silencio?
La lengua insidiosa no osais desatar?

VI

Ya veol... Implacable condena el Destino
de Remo inocente la muerte fatal.
¡Oh Roma, tus hijos la sangre fraterna
con sangre fraterna comienzan á expiar!

OBSERVACIONES

Juzga el General Mitre que la traducción que hizo Burgos de esta Oda es una amplificación en que se pierden los contornos severos del

original, rellena con palabras inútiles y ripiosas. Siento no tener á mano la del poeta uruguayo Acuña de Figueroa, escrita en endecasílabos, y por eso nuevamente daré preferencia á Pombo, quien así canta:

¿A dónde, á dónde os despeñáis impíos?
 ¿Por qué asir otra vez las armas fieras?
 ¿Harta latina sangre, sangre á ríos,
 no corrió ya por ondas y praderas?
 Ah! y no corrió para incendiar los muros
 de la envidia soberbia de Cartago,
 ni para ver entre eslabones duros
 al intacto Bretón contar su estrago;
 Sino para que Roma sucumbiera,
 cual quiso el Parto, á propios empellones!...
 Nunca á no ser con brutos de otra esfera,
 hicieron tal ni lobos ni leones.
 Qué os arrastra, decid! ciega locura?
 Algo más fuerte? nuestra culpa grave?
 —Callan: tiñe su faz lívida albura,
 y estupefacta su razón, no sabe.
 Así es, yo lo sé. Quiere el destino
 que pague Roma la fraterna muerte.
 La sangre que vertió golpe asesino
 Dios sin cesar sobre nosotros vierte.

RAFAEL POMBO

XXIV

El Canto Secular

Phæbo, silvarumque potens Diana.

Coro de niños y de doncellas

Febo, glorioso luminar del día,
 Diana serena, de la noche encanto,
 cabe á las aras, con solemnes preces,
 culto os rendimos.

Hoy, por decreto sibilino y sacro,
Roma á sus Dioses Tutelares canta:
nobles doncellas y selectos niños
forman los coros.

Coro de niños

¡Sol, almo Sol, dispensador del día,
Febo divino, en tu inmortal carrera
nada más grande que la excelsa Roma
veas ni alumbres!

Coro de doncellas

Próbida Ilicia que los partos riges,
á las dolientes protección les presta,
ya Genitalia en su dolor te llamen,
Diana ó Lucina.

Crezca la prole y tu favor merezca
y honre el edicto y conyugales lazos
que con decoro aportarán á Roma,
noble progenie.

Ambos coros juntos

Lleguen en pos los venideros siglos
uno tras otro á renovar la fiesta:
tal como ahora, durarán tres días
cantos y juegos.

Sabias Sibilas de infalible augurio
tras nuestras glorias y adquiridos bienes,
otros mayores nunciarán, que acrezcan
fama y fortuna.

Cúbrase el llano de abundantes frutos
crezca el ganado, y la fecunda Ceres

orne su frente con viciosa espiga
de oro granado.

Flora los prados embalsame, y corran
libres las aguas que la tierra nutren;
suaves las auras, saludables siempre
soplen benignas.

Coro de niños

Febo, tus flechas en la aljaba esconde,
y oye del coro la plegaria pura.

Coro de doncellas

Luna bicorne, sideral señora,
oye á los tuyos.

Ambos coros

Debe á los dioses su existencia Roma:
Ellos guñaron la troyana gente,
que halló en las playas de la Etruria amiga
patria más grande.

De entre las ruinas de Ilíón ardiendo
ellos sacaron al piadoso Eneas;
rumbo á sus pasos, y latinos lares
ellos le dieron.

Ora á la dócil juventud presente
denle virtudes y costumbres nobles;
den al anciano la apacible calma
dulce á la tarde.

¡Honra perenne á la romana estirpe!
¡Gloria á la raza que domina al mundo!
Vastas riquezas, numerosa prole
Dioses, enviadle!

Que al nieto ilustre del preclaro Eneas,
sangre de Venus y del viejo Anquises,
al que cien toros os inmola, veamos
siempre imperando.

Rija su cetro con clemencia pía
al que sumiso nuestro yugo sufra;
sea su mano al enemigo fiero
freno implacable.

Coro de niños

Mares y tierra su potencia temen;
temen los Medos sus albanas faces;
Indos y Escitas, con humildes voces,
paz le demandan.

Coro de doncellas

Vuelve la fe, la castidad con ella;
vuelve el honor y las virtudes vuelven:
paz y abundancia sus preciados dones
viertan sin tasa.

Coro de niños

Febo vidente, el de vibrantes flechas,
gloria y delicia de las dulces Musas,
tú, que con tu arte la salud devuelves,
danos la fuerza.

Si amas tu airoso Palatino templo
préstale al Lacio protección, y pueda
Roma por siglos perpetuar las altas
glorias latinas.

Coro de doncellas

Diosa que honora el Aventino en su ara,
oye las preces del efebio coro,

y oye los votos que varones justos
 hoy te presentan.

Ambos coros

Diana y Apolo, nuestro culto admiten;
 Jove benigno nuestros votos oye.
 De ello seguros, al hogar llevemos
 paz y esperanza,
 luz y consuelo.

OBSERVACIONES

Carmen Saeculare

Este famoso *Canto Secular*,—dice Mitre—“que es la síntesis y el coronamiento de las Odas patrióticas y religiosas de Horacio, que ha sido puesto en música moderna, representado con magnificencia romana en un templo mandado construir expreso por la emperatriz Catalina de Rusia, cuya estrofa al Sol forma parte del prólogo de una ópera célebre, y que todos los poetas líricos han procurado imitar... ha sido traducido tres veces en castellano, por el poeta uruguayo F. Acuña de Figueroa, el horaciano español Menéndez Pelayo y por Burgos.”

“La traducción de Acuña de Figueroa,—continúa el ilustre argentino—ampliada y modificada en algunos de sus detalles, (que Menéndez Pelayo califica de *mediana*) es entonada y se acerca bastante al estilo horaciano.”

De la de Menéndez Pelayo, ha dicho don Juan Valera que “supera á toda otra del mismo himno hecha en castellano.”

“La de Burgos, anterior á la de Menéndez, está arreglada en forma de Oda española (?) lo que despoja á la composición de su carácter de himno, amplificando además el texto con adornos de mal gusto que lo alteran.”

El mismo General Mitre tradujo el Canto Secular ciñéndose al texto latino, y lo publicó junto al de Menéndez y Pelayo para que se les coteje.

Entre nosotros sé que lo tiene traducido el joven poeta clásico don

Julio Viciña Cifuentes, seguramente con el tino y arte que distingue sus trabajos.

Por mi parte, sin presumir de competidor de nadie, ni curarme de las opiniones ajenas jamás conformes, lo he traducido á mi manera, no dejándome amarrar por trabas inútiles.

El *Canto Secular*, más que una pieza para cantada de una vez, páreceme una serie de himnos á Febo y Diana, para ser entonados durante los tres días de aquella gran festividad, repartiéndolos, según el orden de las ceremonias.

Ignoro por qué el erudito Menéndez ha hecho de todo una sola masa, sin ninguna separación de partes, de lo que resulta un conjunto informe. Cópíolo en seguida tal como lo da el *Horacio de Ingenios Españoles*:

Oh siempre honrados y honorandos, Febo
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oidnos!

Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
Vírgenes castas y selectos niños,
A las Deidades que los siete montes
Miran propicias.

Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras
Ya el de *Lucinal*!

Su prole aumenta, y el dereto afirma,
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras suaves.

Piadosa atiende á los orantes niños;
Esconde, Apolo, en el carcaj la flecha:
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne.

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano,
Para fundar en la ribera etrusca
Nuevas ciudades.

Si entre las ruinas de Ilión ardido
Sobreviviendo á la asolada patria,
De nueva gloria señalara á Eneas
Libre camino:

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romana gente
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Caro de Anquises y de Venus nieto,

Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado. (1)

En mar y tierra su poder extiende;
El Medo tiembla á la segur Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Escita.

Que fe y honor y castidad retornan
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diosa que en Algido mora,
Y de los niños á los cantos preste
Fácil oído.

(1) Esta estrofa es notable por sus violentas transposiciones propias de la *culta-latini-parla* de que reía Quevedo. Se separan, sin necesidad ni ventaja, *bueyes de blancos, caro de nieto, clemente de poderoso*. Bien pudo decirse sin ningún dislocamiento:

El que cien bueyes os inmoló, el claro
Nieto de Venus y el troyano Anquises,
Rija clemente y poderoso el mundo
Ya sometido.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue;
Esto confirmen los celestes dioses:
Tornad á casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.

M. MENÉNDEZ PELAYO

(Continuará)

